



UNA TRAGEDIA ANUNCIADA Y LA INOPERANCIA CRIMINAL DEL REGIMEN IOTA, LA VIRGEN Y LA “GENEROSIDAD” DE LOS ESTADOS UNIDOS

Renán Vega Cantor

“Los eventos climáticos y el sufrimiento que les acompaña [...] pueden ser [...] descartados como actos de Dios o de la naturaleza. [...] Por supuesto, las causas de desastres climáticos han sido siempre sociales. La vulnerabilidad es, por definición, la precariedad social presente cuando arriban las amenazas. No cae del cielo. [...] La incapacidad de soportar el estrés es resultado de procesos locales de diferenciación social, desigual acceso a recursos, pobreza, infraestructura mediocre, falta de representación e inadecuados sistemas de seguridad social, alerta temprana y planeación”.

Jesse Ribot, “Causa y responsabilidad: vulnerabilidad y clima en el Antropoceno”, en *Acta Sociológica* No. 73, mayo-agosto de 2007, pp. 15 y 25.

Las islas colombianas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, localizadas en el Mar Caribe y con una extensión de 52.5 kilómetros cuadrados, fueron impactadas el 16 de noviembre por el huracán Iota, que alcanzó la máxima categoría de 5. En el territorio de nuestro país solamente se había formado un huracán de esta magnitud, de categoría 5, en 2016, el Mathew, cuyo ojo se formó a 100 kilómetros de la Península de la Guajira, en aguas jurisdiccionales de Colombia, pero ninguno tan próximo, como el Iota, cuyo ojo estuvo a 18 kilómetros de Providencia. Arrasó con esta isla y afectó a todas las construcciones, de las cuales destruyó el 80% y sus seis mil habitantes quedaron en la miseria. Dejó escenas dantescas: casas destruidas, arboles derribados, levantó el pavimento de las carreteras, destruyó gran parte de las playas, arrasó con la poca infraestructura de servicios públicos que existían en la isla, cortó los servicios de agua potable, luz y telefonía. Para completar, dañó seriamente la mayor parte de embarcaciones, el principal medio de trabajo de los habitantes raizales de la isla.



La gran prensa y los voceros del régimen de Iván Duque calificaron lo acontecido como un “desastre natural”, frente a lo cual no se podía hacer nada, salvo encomendarse a la Virgen de Chiquinquirá o al Sagrado Corazón de Jesús para que no fuera tan destructivo. Esta es una mentira que refleja el talante del régimen (sin importar el nombre de los gobernantes de los últimos veinte años) porque si bien es cierto que cuando un huracán está en marcha nada puede hacerse para detenerlo, sí es posible, con medidas preventivas, mitigar su impacto y sus efectos negativos. Para eso se requiere que un Estado actúe con sentido de anticipación y prevención, prepare a los habitantes para enfrentar los huracanes y adopte políticas que apunten a reducir los daños físicos y humanos. Nada de eso hace ni el Estado ni las clases dominantes en Colombia, a las que nunca les ha importado la vida de los pobres de este país, y entre los más abandonados y olvidados están los de las regiones fronterizas.

La tragedia del archipiélago de San Andrés y Providencia estaba cantada desde hace tiempo, puesto que se encuentra ubicado en una zona crítica en la cual ya se experimentan en forma directa los efectos del trastorno climático en marcha. En diversos estudios, realizados fuera y dentro del país, se sabía que un huracán como el Iota tarde o temprano iba a impactar a nuestro territorio, y frente a ese anunció el Estado colombiano no hizo nada para prevenir y mitigar el impacto de un huracán de esas dimensiones. Por eso, los resultados de lo que pasó no sorprenden, si tenemos en cuenta la indolencia criminal de ese Estado, cuya acción se limita a llevar unas ayudas miserables a los damnificados y a que sus voceros posen ante las cámaras de televisión. Además, los medios de desinformación convierten el dolor de los lugareños en un negocio para aumentar su rating y presentarse como filántropos que derraman lágrimas de cocodrilo.

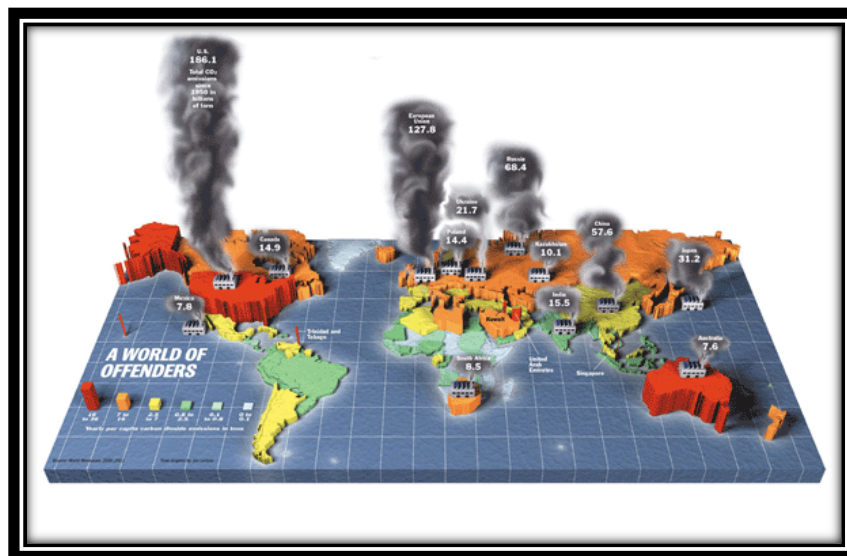
¡Es el capitalismo, estúpidos!

En el mundo existan negacionistas del trastorno climático, a la cabeza de los cuales se ubica Donald Trump, acompañado por Jair Bolsonaro y epígonos semejantes de la extrema derecha mundial, que nos dicen que ese es un invento de marxistas que se camuflan como ecologistas. Entre los negacionistas hay que diferenciar dos clases: los

que lo proclaman sin tapujos y los que en la práctica no hacen nada, porque suponen que las alteraciones climáticas son un discurso y no una dura realidad. De este segundo tipo son las clases dominantes del mundo, porque desde sus confortables búnkeres, edificios y oficinas creen que el aislamiento artificial en que ellos viven los protege de cualquier modificación del clima. A esta segunda clase de negacionistas pertenecen las clases dominantes de Colombia y los gobernantes de siempre, los de ahora y los de antes.

Para ellos no vale ninguna advertencia, ni las investigaciones especializadas que vienen repitiendo desde hace años que las modificaciones climáticas son un hecho y que entre las zonas más vulnerables del mundo se encuentran los países centroamericanos y del Caribe y algunos sudamericanos, entre ellos Colombia. Esas advertencias indican que estos territorios soportarán en el futuro inmediato, que ya está entre nosotros, devastaciones como resultado de fenómenos naturales, que se incrementan y se tornan más frecuentes y destructivos: inundaciones, elevación del nivel del mar, aumento en la temperatura de los océanos, sequías y huracanes.

Los huracanes se han incrementado en cantidad, frecuencia y duración en las últimas dos décadas, con la particularidad de que cada nuevo ciclo anual, por lo general, es peor que el anterior. Así, encontramos que este 2020 muestra los peores registros que se conozcan: 30 tormentas tropicales en lo que va corrido del año, 9 de ellas huracanes; en los últimos cinco años se ha presentado, por lo menos, cada año un huracán categoría 5; han sucedido cuatro huracanes de categoría 4; nunca, hasta este año. en el mes de noviembre, cuando se supone que ya debe haber terminado la fase anual de huracanes, había habido un huracán y menos de la máxima categoría.



Los que achicharran el planeta

Ahora bien, los huracanes son más frecuentes y destructivos por el aumento de la temperatura de la superficie del Mar Caribe por encima de los 26 grados centígrados y hasta una profundidad de 50 metros y este año esa temperatura ha llegado a los 30 grados centígrados en la superficie oceánica del Golfo de México. Este es el caldo de cultivo de los huracanes que, a su vez, es producto del calentamiento global y del trastorno climático. Eso no es

resultado de impersonales fuerzas de las que todos somos responsables. No el responsable tiene un nombre se llama capitalismo. El asunto es tan claro que, hasta un periódico liberal de los Estados Unidos, *The New York Times*, lo reconoce en forma franca cuando publica un artículo donde se dicen cosas de este tenor:

El verdadero culpable de la crisis climática no es ninguna forma particular de consumo, producción o regulación, sino más bien la manera en que producimos globalmente, que es por ganancias en vez de sustentabilidad. Mientras esa norma esté vigente, la crisis seguirá y, dada su naturaleza progresiva, empeorará. Ese es un hecho difícil de confrontar. Sin embargo, desviar la mirada de un problema aparentemente irresoluble no hace que deje de ser un problema. Debemos decirlo claramente: la culpa es del capitalismo¹.

Este es necesario recordarlo, porque en momentos de “desastres naturales” nadie es responsable y todos somos culpables. Y lo del Iota no es la excepción, porque en los comentarios que se vierten al respecto, incluso en los más críticos, no se menciona el trasfondo del asunto, ni el origen de las tragedias que soportamos en nuestros países y de la que la mayor parte de la población no es responsable. Antes, por el contrario, nosotros sufrimos las peores consecuencias y tenemos que pagar por el calentamiento que produce el sistema capitalista y beneficia a una minoría opulenta de la población mundial, cuya mayor parte se localiza en los países dominantes, encabezados por Estados Unidos. Cuando entonces se habla de incendios (Australia, Brasil, California...), inundaciones (Filipinas, Egipto, Bolivia...), sequías (el Sahel en África) o huracanes (Centroamérica y el Caribe), puede señalarse con precisión que todo ello es un resultado del trastorno climático, que genera el capitalismo. Como quien dice: ¡Es el capitalismo, estúpidos!



El huracán y la Virgen

Providencia antes del paso del Iota ya soportaba los mismos problemas del resto del país: pésima infraestructura, el hospital no funcionaba hasta el punto de que en los últimos diez

¹. Benjamin Fong, “La crisis climática es culpa del capitalismo”, NYT, noviembre 24 de 2017, disponible en: <https://www.nytimes.com/es/2017/11/24/espanol/opinion/la-crisis-climatica-es-culpa-del-capitalismo.html>

años no hubo un solo nacimiento allí, porque las mujeres debían ir a tener sus hijos al hospital de San Andrés, la isla más grande; de las 6000 personas que vivían en Providencia, el 20% tenía necesidades básicas insatisfechas y el índice de pobreza multidimensional llegaba al 40%.



Pese a la palabrería oficial de los diversos gobernantes, locales y nacionales, de impulsar el bienestar de las islas, esto nunca pasa del papel y las obras que se anuncian son una fuente de corrupción y despilfarro. En ese sentido, el régimen del subpresidente Duque no ha sido la excepción.

El abandono estatal de vieja data tiene como consecuencia que, a pesar de las advertencias de que en cualquier momento iba a llegar un huracán a las islas, nunca se tomaron disposiciones para amortiguar su impacto. No se invirtió en infraestructura adecuada, ni en planes de socorro, ni se alfabetizó a la población en lo referente a las medidas de salvaguarda personal y colectiva; no se invirtió en la preservación de manglares y corales, que son un colchón natural contra los huracanes; no se fortalecieron las construcciones vulnerables ni se construyeron otras nuevas y adecuadas a las condiciones naturales de la isla; no se hizo un estudio de las zonas más vulnerables, para desalentar su uso y ocupación; no se llevó a cabo el mantenimiento de las playas ni la mejora de la infraestructura de protección de la costa; no se construyeron estructuras que resistieran a vientos fuertes y soportaran el impacto de los escombros que volaran llevados por los vientos; tampoco se instruyó a la gente en cómo resguardar sus ventanas para que fueran más resistentes ante los vientos huracanados de más de 200 kilómetros por hora; no se diseñaron sistemas de alertas tempranas y evacuación, con la debida preparación de la gente, para que supiera qué hacer y a dónde ir cuando se presentara una tormenta tropical o un huracán; no se elaboraron mapas de riesgo, para detectar las zonas que podían resultar más afectadas por un huracán; no se habilitaron zonas de refugio, con las condiciones adecuadas para afrontar una emergencia; no se enfrentó la deforestación ni se restauraron los bosques marinos y terrestres...En conclusión, nunca se hizo nada en términos de adaptación, para que los habitantes locales estuvieran preparados para enfrentar una calamitosa situación, lo cual supone un trabajo organizativo con las comunidades, el respeto a los ecosistemas y la construcción de una infraestructura adecuada a las condiciones naturales del lugar y preparada para resistir lo mejor posible.

Este abandono y desidia en el largo y mediano plazo, se expresa en el corto plazo con la torpeza del régimen del subpresidente, como se demuestra con lo que aconteció en los días previos a la formación del huracán Iota y a su paso arrasador por Providencia. Y eso, a pesar de que el Servicio de Huracanes de los Estados Unidos, había informado con 66 horas de anticipación de lo que se avecinaba y sugería que se tomarán las medidas indispensables para enfrentar la situación.

Pero se hizo todo lo contrario, como lo indican los siguientes hechos: cinco días antes de la llegada del huracán, el Ministro de Defensa ordenó que saliera la tropa que estaba en Santa Catalina (contigua a Providencia), como medida de previsión para marinos y militares, lo que indica que tenían claro que venía, pero no avisaron a la población, a la que dejaron a la buena de Dios o de la Virgen, como veremos enseguida. A pesar de todas las alertas, conocidas por el gobierno de Duque, todavía el domingo 15 de noviembre, es decir, el día anterior al paso del Huracán, seguían llegando vuelos con turistas del interior a San Andrés, con lo que esto implica en términos de riesgos para los viajeros y el aumento de la carga en tan difíciles condiciones para los isleños. Y ese mismo domingo, la presidencia dispuso que la primera dama, la mujer de Iván Duque, que demagógicamente llevaba ayudas para los damnificados del Huracán Eta —que se había presentado en días anteriores—, fuera sacada del lugar.

De tal forma, que cuando entre la noche del domingo 15 y las primeras horas del lunes 16 Iota desencadenó toda su fuerza contra Providencia, sus habitantes estaban completamente abandonados, sin ninguna presencia ni acompañamiento estatal. Fueron dejados a su propia suerte, como sucede en Colombia siempre en estos casos, bajo la lógica neoliberal de “sálvese quien pueda” y “aténgase a la virgen y no corra”.

Eso sí, cuando estaba consumada la destrucción de Providencia se presentó lo de siempre: desde la presidencia de la República se lamentó el acontecimiento y el subpresidente viajó al lugar de la tragedia a realizar su insufrible programa diario de televisión desde las islas, con lo que variaba su insoportable rutina. Este comportamiento es típico, porque demuestra que no existe ninguna política preventiva para paliar los efectos de los desastres, sino una acción reactiva, que no pasa de las mentiras y la demagogia barata con el dolor y sufrimiento de la gente pobre. En esta ocasión esos anuncios fueron del mismo tenor que caracteriza al régimen de Iván Duque: que en cien días se va a reconstruir Providencia y al final de esos tres meses todos felices y contentos. Este anuncio es similar a otros que ha hecho el subpresidente: que en pocas horas se iba a consumir el derrocamiento de Nicolás Maduro en Venezuela o que falta muy poco para erradicar la siembra de hoja de coca en Colombia, eso sí con el bombardeo de glifosato. Estos malos chistes ahora se complementan con el anuncio de una milagrosa reconstrucción de Providencia. Y que el subpresidente cree en los milagros que caen del cielo lo reafirmó cuando desde la isla destruida y, en una forma cínica, solo atinó a decir que “en ese recorrido que hicimos en Santa Catalina varias de las personas nos llevaron a uno de los puntos más altos de la isla, donde está una imagen de la Virgen María. Y realmente es impactante que, después de haber pasado por la isla de Providencia un huracán de categoría 5, la virgen estaba en pie. Muchas personas hoy decían que ella es milagrosa porque evitó muchas muertes en nuestra isla”². Claro, tan milagrosa es esa imagen que no pudo evitar la destrucción de 1400 viviendas, parte de la playa, las carreteras y la infraestructura de la isla. Para rubricar sus estupideces, aunque ninguna alcanza el nivel de lo dicho sobre

². [https://www.eltiempo.com/politica/gobierno/presidente-ivan-duque-califica-como-poderosa-imagen-de-
virgen-intacta-tras-huracan-iota-549959](https://www.eltiempo.com/politica/gobierno/presidente-ivan-duque-califica-como-poderosa-imagen-de-virgen-intacta-tras-huracan-iota-549959)

La Virgen, tema en el que Iván Duque parece ser experto, sostuvo en sus mensajes de Twitter que nada se había podido hacer, ni siquiera la Virgen, porque se había dado el hecho único que en solo doce horas una tormenta tropical se había convertido en huracán categoría 5, cuando esa evolución necesito de 66 horas. Claro, la diferencia de la cifra es clave, porque la mentira del subpresidente pretende justificar su indolencia y pasividad por el poco tiempo que menciona, mientras que si se reconocen las 66 horas queda en evidencia su inoperancia, porque hubo tiempo de sobra para tomar por lo menos alguna medida de contingencia e informar a la población sobre lo que se avecinaba. Pero claro como el Estado es incapaz de actuar en favor de la población más pobre del país, que todo quede a merced de la sagrada voluntad de la “poderosa” (termino usado por Duque) Virgen María.



Fuente: Diego caricatura en: <https://twitter.com/diegocaricatura/status/1330161343534608389>

La “fabulosa” ayuda de los Estados Unidos

Después de la tragedia y por su correría demagógica por Providencia y Santa Catalina, Iván Duque imploró la ayuda de sus amos imperiales: “Pedimos a Estados Unidos apoyo, con aviones de alta capacidad, para movilizar ayuda; hemos venido trabajando con el Comando Sur en los últimos días y esperamos que esas aeronaves nos puedan ayudar en la transferencia de ayuda, algo que será muy importante en el proceso de reconstrucción”. Mostrando una crasa ignorancia o un cinismo extremo, Duque agregó que solicitaba colaboración a Estados Unidos por su experiencia en “cómo reconstruirse luego de grandes huracanes”³. Claro, la reconocida experiencia en Katrina (2005), Harvey (2017) o María (2017) cuando ese país dejó abandonados a los pobres que se

³. <https://www.infobae.com/america/colombia/2020/11/19/gobierno-de-ivan-duque-pide-apoyo-a-estados-unidos-para-agilizar-ayudas-para-san-andres-y-providencia/>

murieran a su propia suerte en Nueva Orleans, Texas y Puerto Rico respectivamente y cuando, en el primer caso, envió tropas de asalto para defender la propiedad privada, o como cuando en el terremoto de Haití en 2010 envió miles de soldados, mientras de Cuba llegaban médicos y enfermeros. Esa es la dilata experiencia de Estados Unidos en atender catástrofes como las que generan los huracanes. Y como muestra del entreguismo y de la concepción militarista de la ayuda, Duque pide la colaboración del Comando Sur, que se pasea por los territorios isleños de Colombia como Pedro por su casa, porque allí además controla y maneja bases y radares, estratégicos en sus planes de agresión contra Venezuela y el resto del continente.

Si la solicitud de Duque fue patética, la respuesta del amo imperial alcanza la cima de la infamia cínica. El embajador de Estados Unidos en Colombia, el conspirador Philip S. Goldberg, echado de Bolivia en 2008, y colocado en nuestro país como ficha clave en la guerra de nueva generación contra Venezuela, respondió al ruego lacrimógeno de Duque diciendo que “La amistad cercana y duradera entre los Estados Unidos y Colombia significa que estamos el uno para el otro en momentos de necesidad” y “Estamos orgullosos de apoyar al pueblo de San Andrés y Providencia mientras enfrentan este devastador desastre natural”. Luego de tan rimbombante anuncio vino la gran sorpresa, la contribución de Estados Unidos alcanza la astronómica cifra, que debe generar la envidia de cualquier país del mundo, de la ridícula cifra de cien mil dólares que se destinaran a “la compra de equipos de comunicaciones, equipos para limpieza de escombros y suministros de ayuda crítica para las poblaciones afectadas”⁴. Es necesario reiterar que, ante la suplica del lacayo, se escuchó la rápida respuesta del amo imperial, con el trascendental anunció, sin antecedentes en lo que a la ayuda humanitaria se refiere: Estados Unidos para contribuir a mitigar el dolor de los isleños de Providencia y Santa Catalina concedió la suma de cien mil dólares (100.000), léase bien, cien mil dólares. Hay que restregarse los ojos para creer la cifra de la que hablamos, que es verdaderamente ridícula, una afrenta, una miserable limosna. Para darse cuenta de la magnitud de tan “extraordinaria ayuda” comparémosla con el dinero que la Federación de Fútbol le va a pagar al entrenador de la goleada selección colombiana de fútbol, el portugués Carlos Queiroz, por echarlo del cargo en materia de indemnización: dos millones de dólares. Es decir, que la fabulosa ayuda de los Estados Unidos corresponde a una veinteava parte (un 5%) de lo que va a recibir un solo individuo, en este caso un fracasado entrenador.

Y si comparamos esa cifra de cien mil dólares con la riqueza que Estados Unidos le ha robado a Venezuela, con la complicidad directa del régimen colombiano de Juan Manuel Santos e Iván Duque, que asciende a 116.000 millones de dólares, podemos darnos cuenta de la magnitud de la ayuda de los Estados Unidos ante el difícil trance de Providencia. Es decir que la tan cacareada ayuda a Providencia equivale al 0.0000086% de lo robado a Venezuela, cifra que también adquiere un sentido adicional si recordamos que el gobierno de Donald Trump está destinando parte de ese dinero a la construcción del Muro en la frontera con México, en el cual ha invertido 600 millones de dólares. Aún más, otro rasero es el costo estimado de la reparación inicial de

⁴. <https://co.usembassy.gov/es/estados-unidos-contribuye-con-100-000-dolares-para-ayudar-los-impactados-por-el-huracan-iota/>

Providencia que se calcula en unos 46 millones de dólares, lo que significa que Estados Unidos contribuye con un miserable 0.21%. De ese tamaño es el cariño que Estados Unidos tiene por uno de sus incondicionales peones, de esos que suelen olvidar que la primera potencia mundial no tiene amigos sino intereses.

Esta cifra es tan ridícula que es similar a lo que Donald Trump les dio a los puertorriqueños luego de que su territorio fuera asolado por el huracán María en 2017, cuando les lanzó, literalmente, rollos de papel higiénico. Esos cien mil dólares son papel higiénico, una burla al dolor y miseria que soportan los habitantes de Providencia.



La "humanitaria" ayuda de Estados Unidos a Puerto Rico: rollos de papel higiénico

La burla adquiere un sentido todavía más perverso si recordamos que el actual presidente de los Estados Unidos es el campeón del negacionismo climático, que se retiró del acuerdo de París, que impulsa el fracking (fractura hidráulica) en su propio territorio y, además, la potencia imperialista, el país capitalista por excelencia, es el principal responsable de los desastres poco naturales de América Central y el Caribe, entre ellos los huracanes, como Iota. Y el hecho adquiere rasgos más nefastos de indignidad de parte de sus lacayos colombianos, si recordamos que el régimen de Duque y sus alfiles de los uribeños apoyaron abiertamente a Donald Trump en las recientes elecciones presidenciales. Si con ese gesto de sumisión pensaban que les iban a llover los dólares del Tío Sam, la fabulosa ayuda de los cien mil dólares confirma que a los peones incondicionales solo les queda la indignidad y la mano extendida, porque las tales ayudas son una miserable limosna.

Considerando la copiosa colaboración monetaria de Estados Unidos, el amo imperial al que adoran Duque y su séquito de uribeños, puede concluirse que es mejor implorarlo a la Virgen María o destinar los recursos del fútbol (otra mafia) a la reconstrucción de Providencia antes que a mantener a unos parásitos improductivos (técnicos y jugadores de la Selección Colombia).



Fuente: vanguardia.com

La Doctrina del Shock en Providencia

Para concluir, es necesario considerar lo que pueden ser las perspectivas inmediatas para la isla de Providencia y sus habitantes raizales. No extrañaría que allí se aplique una doctrina del Shock a la colombiana, y el caso que viene a la mente es el del huracán Katrina en agosto de 2005 en los Estados Unidos. Este evento catastrófico que arrasó con Nueva Orleans fue aprovechado por los empresarios capitalistas para privatizar la educación, expulsar a la población negra de las viviendas públicas y mercantilizar todas las actividades y eso fue posible por el pánico y la desmovilización que generó el huracán Katrina. Al cabo de los años quedó claro quienes ganaron y quienes perdieron con esa catástrofe: ganaron los capitalistas del desastre, entre otras cosas expertos en reconstrucción luego de que ellos contribuyen a destruir (como lo hacen en Irak y en todos los territorios donde Estados Unidos invade, ocupa y mata), y quienes perdieron fueron los pobres y negros de Nueva Orleans.

En Providencia es posible que suceda lo que se dio con el Katrina, que fue saludado como una bendición divina por los neoliberales, empezando por el agonizante Milton Friedman. Providencia hasta antes del paso del huracán Iota se mantenía como una isla relativamente alejada de los ciclos de turismo, por lo menos no tenía el nivel de San Andrés, y donde se mantenía la vida y cultura de comunidades raizales, que se negaban a ceder su isla al embate del turismo de masas y mantenían sus formas de vida y tradiciones, entre esas la pesca artesanal y a pequeña escala. Ahora, con una isla destruida, sin vivienda, ni hospital, ni agua potable, muchos de los seis mil habitantes de Providencia se han visto obligados a emigrar a San Andrés y, seguramente, muchos se irán más lejos, y mientras tanto es bastante posible que sus tierras, de las que ellos además no poseen títulos, sean apropiadas por especuladores y comerciantes, principalmente de origen paisa que ya tienen colonizada a San Andrés.

En esa perspectiva, no extrañaría que se replique lo que acontece en el Puerto de Buenaventura (en el Océano Pacífico colombiano), en donde los habitantes más pobres, también negros, han sido expulsados con motosierra de sus barrios para dejarle el campo libre a la modernización y la construcción de obras que benefician a unos cuantos empresarios transnacionales y a grandes cadenas turísticas. Eso mismo puede acontecer en Providencia, ya que grandes emporios hoteleros pueden estar pensando que está es una oportunidad sin igual de apropiarse de territorio y playas de

Providencia para privatizar el turismo y sus negocios, en una especie de gentrificación de la isla.

Y en estas condiciones, la reconstrucción se hará al estilo estadounidense, con grandes inversiones, construcciones en cemento de hoteles en la playa, sin respetar las condiciones naturales del lugar, se culminará con la destrucción del manglar y los arrecifes y se dejará abierto el territorio al turismo costoso, para extranjeros con dinero. Y todo en medio de la miseria y olvido de los raizales, que solo son noticia por unos pocos días y cuando eso les conviene a los verdaderos dueños de Colombia y a su bloque de poder contrainsurgente.

